

**Maniobras de exhibición de las fuerzas de seguridad del Estado en una playa del estado español.** Los turistas, veraneantes y foráneos contemplamos con gran expectación cómo realizan desembarcos en la playa, arrestos a narcotraficantes, máscaras antigás y trajes contra ataques químicos como antifaces de control. Escenas que se realizan en el exterior para ejercitar a sus tropas, para prepararse contra una posible acción terrorista o situación de riesgo social. Es una escena excitante que produce una mezcla de orgullo patriótico, sobrecogimiento glandular, nerviosismo cutáneo, desazón permanente y, sobre todo, irritabilidad, mucha irritabilidad.

Los turistas y personas del lugar sorprendidos por el espectáculo, comentamos los efectos de los efectivos cuerpos. En el fondo nos sobrecoge una inconfesable y profunda angustia, el miedo subyace en todo aquel simulacro, pero a pesar de todo, parece estar pensado para provocar seguridad y tranquilidad, sobre todo mucha tranquilidad.

Todo esto ocurría mientras me llegaba el material que Federico preparaba para su proyecto y que me fascinó desde el primer momento. Entre los datos que aparecen en el invernadero, comenta: *"Si se crea un mundo con significados desaparecen los síntomas, o no importan, porque se construye un espacio de significados comunes que obliga a interpretar el síntoma en función de ese espacio"*.

El arte tal vez siempre sea un simulacro, una representación, una escenografía para narrar con otras voces, otras imágenes y otros acordes las cosas de la incomprensible realidad. El trabajo que un artista va desarrollando a lo largo de su vida, no deja de ser una narración de su propia vida, de sus propios simulacros. Poco a poco, pieza a pieza va construyendo una historia propia, fruto de muchas dudas, búsquedas y experimentos que de vez en cuando dan con el eureka de lo intuitivo y que cuando se revisan en una retrospectiva cobran su espacio en el mundo de lo real.

El trabajo que nos propone Federico plantea la ilusión de una "retrospectiva" propia, como una ironía ante la necesidad del artista actual de crearse ese gran relato de vida falsa, imprescindible para poder sobrevivir a las instituciones, la crítica, e incluso a la propia familia, como en el caso de la pobre Regina, que abandonada por la crítica no puede volver al núcleo familiar y debe ingresar en un psiquiátrico al no encontrar ubicación en ningún ámbito (apasionante y ejemplar historia).

Hubo un momento en que el arte estaba destinado a lo sagrado, a lo inmortal. Los museos, los espacios sagrados acogían aquellas obras que los artistas realizaban para la eternidad, transcendía así el límite de lo humano; con ello también el artista intentaba permanecer, aspiraba a la inmortalidad.

En nuestro mundo actual la eternidad ha perdido su encanto, la necesidad de consumo no tiene tiempo de contemplar la inmortalidad como opción. Nuestro deseo, desea seguir deseando. Para llegar a ser un objeto de deseo, de consumo, la obra de arte debe alcanzar el grado de acontecimiento, debe sumarse a una historia. Un artista viene a ser una marca de consumo, y hoy en día no existe una marca si no existe un relato detrás.

El arte llegó a pertenecer sólo al proceso del pensamiento, pero de ahí se ha ido deslizando por los escurridizos caminos del discurso.

Nuestras vidas están llenas de historias: historias propias, historias imaginarias, historias deseadas... pero además nos venden historias, nos moldean con historias y nos someten con historias.

Los relatos siempre sirvieron para adentrarse y explorar otros universos posibles, otras experiencias. Desde los cuentos infantiles, las grandes novelas, el teatro, los grandes guiones cinematográficos... consumimos historias con las que nos identificamos; porque cuando una persona tiene la fortuna de poseer una historia propia, desaparecen y se disuelven en ese mundo imaginario todas las miserias de la realidad.

La necesidad del arte comienza, estoy segura, por la necesidad de la mentira como soporte de nuestras verdades más sólidas. La necesidad de la mentira para entender la realidad. "*La vida imita al arte mucho más que lo que el Arte imita a la vida*" escribió Oscar Wilde.

Habla Ramón y Cajal de las diferencias entre el sabio y el héroe en un país dice, que ha subido al altar a sus héroes (guerreros, políticos o religiosos), y desamparado cuando no perseguido a sus pensadores: "*...ambos constituyen los polos de la energía humana,... Lucha el sabio en beneficio de la Humanidad entera,... Por el contrario, el héroe sacrifica a su prestigio una parte más ó menos considerable de la Humanidad; su estatua se alza siempre sobre un pedestal de ruinas y cadáveres; su triunfo es exclusivamente celebrado por una tribu, por un partido o por una nación, y deja tras sí, en el pueblo vencido, estela de odios y de sangrientas reivindicaciones. En cambio, la corona del sabio otórga la Humanidad entera, su estatua tiene por pedestal el amor, y sus triunfos desafían a los ultrajes del tiempo y a los juicios de la Historia.*"

Hay historias e historias.

Concha García